ISSN 0716-1840

HERN«N CORTÉS Y SUS CRONISTAS: LA “LTIMA CONQUISTA DEL HÉROE

HERN«N CORTÉS AND HIS CHRONICLERS: THE LAST CONQUEST OF THE HERO

BEATRIZ ARACIL VARŒN*

RESUMEN

Texto esencial de la Crónica de Indias, las *Cartas de relación* de Hernán Cortés pueden considerarse uno de los máximos ejemplos del “discurso mitificador” de la empresa imperial en América y primer modelo literario de creación de la imagen heroica del conquistador español. El presente artículo señala algunos de los recursos que Cortés supo aprovechar de los cauces genéricos ofrecidos por la escritura de la época para la configuración de dicha imagen modélica, mostrando a continuación, a través de dos ejemplos significativos (Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro Mártir de Anglería), cómo dicha imagen fue asimilada por parte de los cronistas coetáneos.

Palabras clave: Crónica de Indias, Hernán Cortés, *Cartas de relación,* conquistador español.

ABSTRACT

An essential text in the Crónica de Indias, Hernán Cortés’ *Cartas de relación* are one of the greatest examples of the ‘mystifying discourse’ of the Imperial endeavour in the Americas, and the first literary model creating the image of the heroic Spanish Conqueror. This paper examines the devices used by Cortés, taken from the literary genres of the time, to shape such an idealised image, and reveals how this image was absorbed by contemporary chroniclers, by looking at two significant examples (Gonzalo Fernández de Oviedo and Pedro Mártir de Anglería).

Keywords: Crónica de Indias, Hernán Cortés, *Cartas de relación*, Spanish Conqueror.

Recibido: 06.09.2007. Aprobado: 12.09.2008.

* Profesora de Literatura Hispanoamericana, Depto. de Filología Española, Lingüística General y Teoría de la Literatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Alicante, España. E-mail: beatriz.aracil@ua.es

INTRODUCCIÓN

EN EL estudio del período colonial americano, la Crónica de Indias se erige como un corpus textual básico tanto por su carácter híbrido entre lo histórico y lo literario, que ha permitido situar en ella los orígenes de la literatura hispanoamericana (Pupo-Walker, 1982), como sobre todo por su valor cultural, imprescindible para comprender aspectos esenciales de dicho período. Por un lado, buena parte de las obras que conforman este corpus, al informar sobre el descubrimiento, conquista y población del nuevo territorio, construyeron el proceso de "invención de América" (O'Gorman, 1958), por el que la cultura europea fue asimilando la realidad del continente y definiendo un vínculo entre el viejo y el "nuevo mundo" desde una posición hegemónica de la que América difícilmente ha podido desprenderse hasta nuestros días. Por otro lado, la manera diversa en que los cronistas dan cuenta del encuentro de culturas que supone la conquista nos lleva a cuestiones tan importantes como el problema del "Otro", en la medida en que se produce un descubrimiento y progresiva valoración de un "otro" del que se ignora absolutamente todo (Todorov, 1989); o la "visión de los vencidos" (León-Portilla, 1959), silenciada durante siglos y finalmente recuperada como parte de un intento de búsqueda de los orígenes propiamente americanos.

Resulta evidente, además, que la imagen compleja del proceso de conquista española en América que ofrece la Crónica (desde la visión triunfalista de un Fernández de Oviedo a la crítica implacable del padre Las Casas) ha sido esencial en la construcción histórico-cultural de la América independiente. Ahora bien, es cierto asimismo que la forma de asimilación, en la construcción de una conciencia nacional, tanto del propio proceso de conquista como del papel de sus protagonistas ha dependido de factores político-ideológicos que han mediatizado la lectura de los textos históricos y que, por tanto, dicha asimilación ha variado de acuerdo al discurso identitario de los distintos países, incluso hasta nuestros días. Ejemplo paradigmático de esta apropiación diversa del pasado colonial es el hecho de que, mientras en Chile se recuerda con orgullo a Pedro de Valdivia, siendo monumentos destacados de la capital su escultura en el Cerro de Santa Lucía o la estatua ecuestre de la Plaza de Armas "al fundador de la nacionalidad chilena", en México, "un país de estatuas" –como recuerda Enrique Krauze–, "todos los grandes personajes de la historia tienen al menos un busto, una calle o una plaza pública que los recuerda. Todos menos uno: Hernán Cortés" (Krauze, 2000: 127)[1].

[1] En esta misma línea, el caso del Perú demostraría claramente la evolución histórica de dicho proceso de asimilación de acuerdo a los intereses político-ideológicos del momento, ya que, si bien

Sin entrar a considerar los motivos concretos que han llevado a la citada situación en ambos países, lo que me interesa destacar ahora es que ésta podría entenderse como paradójica si analizamos la imagen que los propios conquistadores ofrecieron de sí mismos en sus escritos y la recepción de dicha imagen en el siglo XVI, porque las cartas que Valdivia dirigió a la Corona española entre 1545 y 1552 son deudoras, al igual que otras muchas obras que constituyeron lo que Beatriz Pastor ha definido como "discursos narrativos de la conquista"[2], del que fue texto fundacional de la Crónica y máximo ejemplo del "discurso mitificador" de la empresa imperial en América, las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, unos escritos en los que el conquistador no sólo dio cuenta de un hecho histórico nuevo –la incorporación al imperio español de la primera gran civilización descubierta en América– sino que inició a su vez una nueva forma de presencia del autor en su texto, una imagen idealizada del conquistador y su proyecto que lo configuró como modelo literario muy pronto asimilado, rescrito, reelaborado (y también refutado) por otros cronistas.

En otro trabajo (Aracil, 2009) he intentado mostrar tanto los modelos como los elementos esenciales de la caracterización que Cortés hace de sí mismo en sus *Cartas* para configurar ese modelo heroico de conquistador que sería asumido a su vez tanto por la literatura como por buena parte de la historiografía colonial posterior: el ideal político-militar renacentista, la presencia del mundo clásico y el modelo de la gesta nacional de la Reconquista confluyen en un corpus homogéneo[3] con el que el autor se eleva a la categoría de perfecto militar, gobernante y vasallo del rey, al tiempo que como elegido de Dios para la empresa indiana. En ese artículo apunto asimismo, como un aspecto a desarrollar, que determinados rasgos de la escritura cortesiana favorecieron la creación de esa imagen heroica y que, a pesar de la prohibición real (ya en 1527) de la publicación o circulación de las *Cartas*, la lectura de los cronistas coetáneos (como la de los biógrafos de las

---

los restos de Francisco Pizarro son custodiados en la Catedral de Lima, la estatua regalada en 1935 y colocada en 1950 en una plazuela anexa a la Plaza de Armas fue retirada en 2003 de ese espacio adyacente a la que ahora se prefiere denominar Plaza Mayor de la capital (sobre esta cuestión véase, por ejemplo, el artículo de Vargas Llosa, 2003).

[2] Esto es, discursos generados por unos protagonistas que no sólo justificaron esa acción conquistadora como forma de expansión política y religiosa del Imperio español sino que buscaron con su obra incorporarse a la historia mediante el testimonio verbal de su experiencia personal de esa conquista (Pastor, 1983).

[3] A pesar de haber sido escritas en etapas distintas de la vida del autor y con diversas motivaciones, las cinco cartas mantienen, como ha señalado Ángel Delgado, una unidad temática, ideológica y estilística (introd. de Delgado a Cortés, 1993: 37).

distintas épocas posteriores) no deja lugar a dudas sobre la recepción de dicha imagen acorde con las intenciones del autor.

En cierto modo como continuidad a dichas reflexiones, mi objetivo en el presente artículo será el de profundizar en algunos de esos recursos al servicio de la construcción del yo-protagonista que el autor supo aprovechar de los moldes genéricos ofrecidos por la escritura de la época, para demostrar, a continuación, a través de dos ejemplos que considero significativos (los de Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro Mártir de Anglería), cómo Cortés logró trasmitir a sus coetáneos una imagen heroica que acabó siendo imitada necesariamente por los siguientes cronistas conquistadores.

RECURSOS RETÓRICO-ESTILÍSTICOS EN LA DEFINICIÓN DEL HÉROE

Aunque no es mi propósito en este trabajo ahondar en los cauces genéricos que se entrecruzan en las que Cortés definió como “relaciones”[4], sí me parece oportuno señalar al menos los que considero son los tres modelos básicos que el conquistador aprovechó en su escritura con el fin de crear esa imagen heroica: el de la epístola, que determina la estructura formal del texto y organiza además el discurso en relación con su destinatario; el de la escritura legal, que le permitirá justificar la propia escritura y también comprometerse con la veracidad de la misma; y el del género historiográfico, gracias al cual el autor ofrece una interpretación global del que sabe es un gran hecho histórico (la conquista de México), pero también se muestra a sí mismo como protagonista de ese acontecimiento. Pertenecientes a estos cauces genéricos (entendidos más como vasos comunicantes que como líneas independientes), los recursos específicos que mencionaré a continuación sirvieron a Cortés para llamar la atención del lector (el lector único privilegiado al que se dirigen los textos, Carlos V, pero también el lector universal que sabe le ofrece la Fama) sobre su propia figura de autor-protagonista, contri-

[4] Ha sido sobre todo Roberto González Echevarría quien ha señalado esta existencia de diversos cauces retóricos en la Crónica de Indias, afirmando que “la riqueza de las crónicas se encuentra precisamente en la variedad de formas que surgen de las posibilidades que la retórica de la época ofrecía, y cómo éstas se entremezclaban o alteraban según las circunstancias sociales y culturales de cada cronista” (González Echevarría, 1983: 16). Ahora bien, si para él los dos cauces básicos son el de la historia humanista y el de la “relación de hechos”, siendo éste último al que pertenecerían las *Cartas de relación* de Cortés, otros autores proponen la adscripción del discurso cortesiano a ambos géneros (Delgado en Cortés, 1993: 51-64) o llaman la atención sobre la influencia en ellos del género epistolar (Mignolo, 1982: 65-68; Pastor, 1983: 146-147). Por mi parte, espero poder justificar la propuesta que aquí solamente enuncio en un estudio más amplio de próxima aparición.

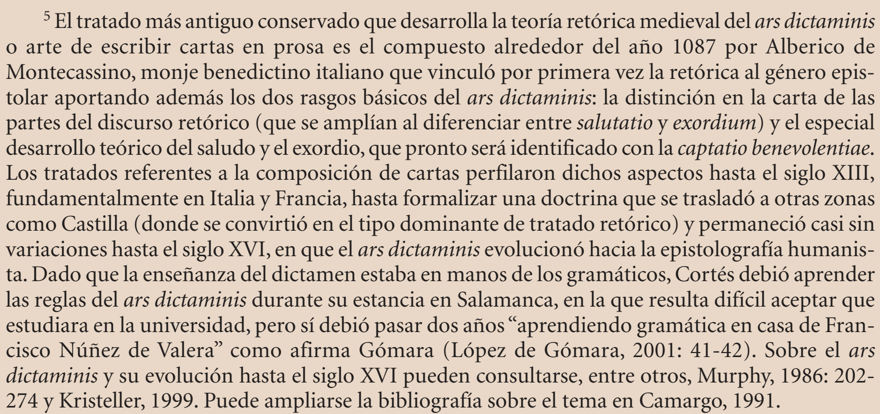
buyendo a la entusiasta recepción del texto por parte de los cronistas coetáneos:



H. Cortés

El sujeto gramatical

Entre los recursos generales del género epistolar presentes en las *Cartas de relación*, Walter Mignolo ha destacado la atención especial del autor a los conectores que ayudan a seguir el hilo de la narración (Mignolo, 1982: 67-68); en efecto, éste es un recurso del *ars dictaminis* hábilmente utilizado por Cortés[5], al igual que otros destinados asimismo a fijar la atención sobre el propio texto, como la *captatio benevolentiae* o las llamadas de atención sobre las dificultades de la escritura (tales como la pérdida de documentos, la incapacidad expresiva para trasladar lo visto o la falta de tiempo)[6]. Pero existen otros recursos del género destinados más bien a la construcción del "yo" protagonista del discurso, y entre ellos tal vez el más importante sea el manejo del sujeto gramatical. Dicho manejo es fundamental en las *Cartas*, sobre todo por lo que se refiere a la presentación de Cortés como militar y político, como intentaré demostrar a continuación.



[5] El tratado más antiguo conservado que desarrolla la teoría retórica medieval del *ars dictaminis* o arte de escribir cartas en prosa es el compuesto alrededor del año 1087 por Alberico de Montecassino, monje benedictino italiano que vinculó por primera vez la retórica al género epistolar aportando además los dos rasgos básicos del *ars dictaminis*: la distinción en la carta de las partes del discurso retórico (que se amplían al diferenciar entre *salutatio* y *exordium*) y el especial desarrollo teórico del saludo y el exordio, que pronto será identificado con la *captatio benevolentiae*. Los tratados referentes a la composición de cartas perfilaron dichos aspectos hasta el siglo XIII, fundamentalmente en Italia y Francia, hasta formalizar una doctrina que se trasladó a otras zonas como Castilla (donde se convirtió en el tipo dominante de tratado retórico) y permaneció casi sin variaciones hasta el siglo XVI, en que el *ars dictaminis* evolucionó hacia la epistolografía humanista. Dado que la enseñanza del dictamen estaba en manos de los gramáticos, Cortés debió aprender las reglas del *ars dictaminis* durante su estancia en Salamanca, en la que resulta difícil aceptar que estudiara en la universidad, pero sí debió pasar dos años "aprendiendo gramática en casa de Francisco Núñez de Valera" como afirma Gómara (López de Gómara, 2001: 41-42). Sobre el *ars dictaminis* y su evolución hasta el siglo XVI pueden consultarse, entre otros, Murphy, 1986: 202-274 y Kristeller, 1999. Puede ampliarse la bibliografía sobre el tema en Camargo, 1991.

[6] Sobre el manejo y adaptación de la retórica epistolar en las *Cartas* cf. asimismo Vidaurre, 1996 (en especial 25-28) y Robles, 1994.

[7] Recordemos que, desde el descubrimiento, a fines del siglo XVIII, del Códice de Viena, en el que se recoge esta carta firmada en 1519 por los miembros del cabildo de la Villa Rica de Veracruz y dirigida a la reina Juana y a su hijo Carlos V, ésta ha venido a sustituir a la supuesta Primera relación escrita por Cortés, todavía hoy perdida. Aunque autores como Ramón Iglesia o Beatriz Pastor han descartado el análisis de esta carta como perteneciente a Cortés (Pastor alude exclusivamente al resumen de la Primera relación incluido al comienzo de la segunda); otros, como

Tal como han llegado hasta nosotros, los dos primeros documentos conocidos de Hernán Cortés son la Carta de Veracruz[7] y las Instrucciones a Montejo y Hernández de Puertocarrero que la acompañan. Escritas ambas en primera persona del plural, presentan a Cortés en tercera persona, como si él mismo hubiera querido que fueran otros, en un principio, los que elogiaran su figura. Después, en algún texto tardío como el Memorial de 1542, Cortés utilizará la tercera persona del singular, distanciada e impersonal, para referirse a sí mismo[8]. Ahora bien, a diferencia de Julio César, que elige para la redacción de sus *Comentarios* la libertad (y la máscara) de la tercera persona, Cortés asume en sus relaciones una primera persona del singular que destaca su protagonismo, llegando a emplearla para referirse a las que son sin duda hazañas colectivas en frases como la siguiente:

> Otro día torné a salir por otra parte antes que fuese de día sin ser sentido dellos con los de caballo y cient peones y los indios mis amigos y les quemé más de diez pueblos, en que hobo pueblo dellos de más de tres mill casas. Y allí pelearon conmigo los del pueblo, que otra gente no debía de estar allí (Cortés, 1993: 178).

Sin embargo, el conquistador combina hábilmente esta primera persona del singular con una primera persona del plural que vincula íntimamente al protagonista con sus hombres:

> Y dejado en la fortaleza el recabdo que convenía y se podía dejar, yo torné a salir y les gané algunas de las puentes y quemé algunas casas. Y matamos muchos en ellas que las defendían (271).

> Ya que fue de noche salí con ciertos españoles, y como los tomé descuidados ganámosles una calle donde les quemamos más de trecientas casas, y luego volví por otra ya que allí acudía la gente y ansimesmo quemé muchas casas della, en especial ciertas azoteas que estaban junto a la fortaleza de donde nos hacían mucho daño (276).

De hecho, el autor llega incluso a abandonarse en ocasiones a un plural casi anónimo ("peleamos con ellos y ellos con nosotros muy valientemente y

---

Víctor Frankl o, más recientemente, Ángel Delgado han defendido la autoría sobre este texto de un Hernán Cortés que quedaría oculto tras la firma de los miembros del Cabildo, planteando para ello una similitud de técnicas narrativas y de rasgos estilísticos con el resto de las *Cartas de relación* (Véase Frankl, 1962: 58-68 y Delgado en Cortés, 1993: 44-47). En general, las ediciones de la obra, al incluir de manera general la Carta de Veracruz, corroborarían los argumentos de dichos autores.

[8] Véase Martínez, 1991: IV 234-242.

al fin se la ganamos" –378–), de manera que –como ha destacado Liria Evangelista al respecto– en el conjunto de las *Cartas*

> ... el yo se manifiesta como una forma lábil que, lejos de ocultarse, diseña la figura del guerrero y militar por sucesivas superposiciones con la forma pronominal del "nosotros" (...) y también por astutos desprendimientos del yo alguna vez incluido en ese nosotros, estrategia que lo confirma en la estatura del héroe mitológico (Evangelista, 1999: 38).

El tono de la narración

Las superposiciones del sujeto, que destacan la figura del narrador-protagonista sin caer en la vanidad de la autoglorificación, se completan con otro recurso fundamental: el que Ramón Iglesia definía como "tono mesurado, ecuánime, impasible del relato" (Iglesia, 1980: 17), ese estilo sobrio especialmente vinculado a la pretendida objetividad de la "relación de hechos" con el Cortés que refiere sus acciones, que es el que llevó a Menéndez Pelayo a comparar las *Cartas de relación* con la obra de Julio César:

> ... hay pocas escrituras, en ninguna lengua, que por la noble sencillez, por la modesta grandeza, por la serena objetividad, por la plácida lisura con la que se refieren las cosas más extraordinarias, recuerde o emule tanto los *Comentarios* de César como estas Relaciones del conquistador de la Nueva España, con ser documentos oficiales, escritos al compás de los acontecimientos, y sin ningún propósito literario (Menéndez Pelayo, 1902: 466).

En efecto, en la obra de Cortés, como explica Díaz Balsera, "el control y la mesura ante los hechos relatados" implica a su vez una conquista personal: la conquista de la propia escritura por parte del héroe que, como había hecho César, vence sobre sí mismo, "sobre la vanidad y la elación que la grandeza de las hazañas, junto a la grandeza de escribirlas, producirían en cualquier otro hombre" (Díaz Balsera, 1989: 222-223).

Este tono sobrio con el que Cortés habla de sí mismo no sólo contrasta con el tono admirado que utiliza al referirse a la realidad americana (en especial por lo que respecta a las maravillas de la capital azteca, en la Segunda relación, o a la naturaleza extraordinaria y terrible con la que se enfrenta en la expedición a las Hibueras en la Quinta relación), sino también con el tono que van a utilizar al referirse a los mismos hechos aquellos cronistas que han leído las *Cartas*, según se verá más adelante.

La elipsis

Un tercer rasgo del discurso cortesiano que me parece importante destacar a nuestro propósito es la elipsis, recurso tan propio de la epístola como de la historiografía de la época, ya que, como ha señalado algún crítico respecto a otros autores de la Crónica, los historiadores del XVI depuraban, modificaban o simplemente omitían determinados hechos históricos para contribuir a la fama del personaje o bien para condenarlo al olvido. La omisión de información tenía que ver con un concepto de "historia ejemplar" propio de la historiografía humanista, pero con un origen muy anterior[9], que Cortés aprovecha en su discurso. En este sentido, el autor calla deliberadamente datos que reducirían su protagonismo (así, por ejemplo, sabemos gracias a Bernal que la Primera relación debió eludir las expediciones anteriores de Fernández de Córdoba y Grijalba, ya que Cortés pidió a los soldados que en su relación no declararan "quiénes fueron los primeros descubridores" –Bernal Díaz, 1992: 149–); que comprometerían su imagen de leal vasallo (es el caso de la autorización real concedida a Velázquez para conquistar el territorio mexicano, que los firmantes de la Carta de Veracruz fingen desconocer) o que dejarían al descubierto errores estratégicos (como el hecho de dejar al mando de los soldados que quedaron en México durante su salida al encuentro de Narváez a Pedro de Alvarado, quien, al ordenar la Matanza del Templo Mayor, también omitida en las *Cartas*, desencadenó definitivamente la rebelión azteca), así como aquellos que, por reducirse al ámbito de lo personal o cotidiano, no encajarían en la imagen de un héroe épico, y que sí encontramos, en cambio, en Bernal[10] , como sus aficiones personales o sus relaciones amorosas (recordemos que Catalina Xuárez, su primera mujer, no aparece en las *Cartas* aunque su muerte en extrañas circunstancias fue motivo para que se le acusara de asesinato en el juicio secreto de residencia, y las discretas alusiones a la Malinche, amante e intérprete del conquistador que se convierte en personaje clave de la conquista, se reducen a frases del tipo "la lengua que yo tengo" o "nuestra lengua", apareciendo su nombre, Marina, sólo una vez en la Quinta relación –Cortés, 1993: 575–).

[9] Resultan interesantes al respecto las observaciones a la obra del Inca Garcilaso realizadas por Avalle-Arce, quien recuerda además cómo Juan Luis Vives defendía esta "historia ejemplar" y se lamentaba de que la Historia perpetuase las infamias (Avalle Arce, 1964: 192).

[10] Ha sido Carlos Fuentes, en un artículo titulado "La épica vacilante de Bernal Díaz del Castillo", quien ha destacado precisamente cómo, a pesar de estar planteada como un texto épico, la crónica de Bernal, construida desde la memoria, se convertía en una novela al hacer uso de la caracterización o del detalle (Fuentes, 1990).

En definitiva, el autor de las *Cartas de relación* se va a presentar ante sus contemporáneos como protagonista sólo de grandes acciones, perfecto en sus cualidades morales, militares y políticas, pero sobrio al referirse a sí mismo, y va a convencer a los cronistas de la época de su condición heroica a pesar de las circunstancias adversas en que algunos de ellos se acercaron a sus escritos e incluso antes de referir los hechos gloriosos de la conquista de la gran México-Tenochtitlán, como ahora veremos.



Portada de la *Tercera Relación*. Sevilla, Cromberger, 1523.

LA RECEPCIÓN DE LAS *CARTAS*: LOS CRONISTAS DE CORTÉS

La libre circulación de las *Cartas de relación* publicadas en la época, esto es, la segunda, tercera y cuarta[11], sólo abarcó el breve período que va desde 1522 (fecha en que Cromberger publicó la Segunda relación[12]) a la prohibición de 1527, fruto sobre todo del temor de un rey que vio más en el discurso cortesiano al peligroso guerrero y gobernante que a un buen vasallo (Bataillon, 1963). Los textos, sin embargo, pervivieron reescritos en la pluma de autores como Francisco López de Gómara (cuya segunda parte de la *Historia general de las Indias*, dedicada la conquista de México, puede entenderse incluso como una biografía de Cortés[13]), Hernán Pérez de Oliva en su relato *Algunas cosas de Hernán Cortés y México*[14] o el anónimo autor del texto latino *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii*[15], pero también de otros que en un principio fueron más recelosos con el autor, como Pedro Mártir de Anglería o Gonzalo Fernández de Oviedo.

La crónica oficial de Fernández de Oviedo

Por lo que respecta a Fernández de Oviedo, éste dedica buena parte del Libro XXXIII de su *Historia general y natural de las Indias* (que escribe hacia

[11] La Primera relación, como ya he señalado, continúa perdida y es sustituida por la Carta de Veracruz desde el descubrimiento del Códice de Viena, en el que apareció a su vez la Quinta relación, no publicada en el XVI y, por tanto, desconocida para sus contemporáneos.

[12] Con el título *Carta de relación enviada a Su Sacra Majestad del Emperador Nuestro Señor por el Capitán General de la Nueva España llamado Fernando Cortés.*

[13] Véase especialmente el final del texto (López de Gómara, 2001: 499-500).

[14] Manuscrito que no fue publicado hasta el siglo XX (véase Pérez de Oliva, 1927).

[15] Para resolver el problema de la autoría de este texto (que se conserva inconcluso), se han aportado argumentos a favor del propio Gómara o del también humanista Cristóbal Calvete de la Estrella, pero la incógnita sigue sin ser resuelta satisfactoriamente; en cualquier caso, un estado de la cuestión, traducción y edición crítica del texto han sido recientemente realizados por Elena Pellús (2007).

1545, pero no llegará a ver publicada) a realizar una glosa de las relaciones cortesianas. En el proemio al libro, sin embargo, el autor se muestra claramente molesto porque Cortés no le trasladara ningún tipo de documento para su crónica oficial americana:



Portada de la Primera parte de la *Historia general de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo. 1535.

> ... yo tengo cédulas reales para que los gobernadores me envíen relación de lo que tocare a la historia de sus gobernaciones, para estas historias. Y escribí e avisé al marqués del Valle, don Hernando Cortés, para que me enviase la suya, conforme a lo que subcesivamente mandaba, e remitióme a unas cartas misivas que le escribió a Su Majestad, de lo subcedido en aquella conquista, e no curó de más (Fernández de Oviedo, 1959: IV 8).

Probablemente debido a este hecho, Oviedo no parece valorar en un principio excesivamente las decisiones del conquistador: su tono, elogioso con los soldados españoles (de quienes alaba la “famosa expiriencia de su esfuerzo contra tanta moltitud de adversarios” –IV 17–), es mesurado respecto a Cortés. Incluso parece cuestionar su versión del enfrentamiento con el enviado de Diego Velázquez, Pánfilo de Narváez, a propósito de la cual escribe: “Acordaos, letor, de lo que a esto que Cortés dice, decía después en Toledo al revés Pánfilo de Narváez, como adelante se dirá” (IV 57), aunque finalmente reconozca que “con todo lo que oí a Narváez (como yo se lo dije) no puedo hallarle desculpa para su descuido, porque ninguna nescesidad tenía de andar con Cortés en pláticas” (IV 59).

Ahora bien, el elogio ostensible llegará inmediatamente después de la narración de estos hechos, cuando describa el papel de Cortés durante la rebelión azteca y la consecuente Noche Triste. Es en este momento del relato cuando empieza a utilizar un recurso que veremos con frecuencia en adelante: la comparación del capitán español con héroes del mundo clásico (en esta ocasión, Horacio Cocles en su defensa del puente “porque la gente de la Toscana no entrase en Roma” –IV 66–)[16] , pero también cuando comenta, a propósito de la desesperada situación que el propio Cortés refiere al final de la Segunda Relación:

> Como el capitán Hernando Cortés estaba lastimado e sentido de las cosas pasadas con los de Méjico, e sus ánimos e deseos no le daban lugar a olvidar sus trabajos, e sus pensamientos eran de persona valerosa, puédesele muy bien aplicar aquella sentencia de Platón que dice: “Tal es cada uno, cual es la cosa que ama e aquella de que se deleita”. Así que este

[16] Más tarde, Cortés será equiparado a Julio César (97) e indirectamente a Aníbal o Escipión (141-143).

> capitán, que tan inclinado e amigo de la guerra fue, e tan suficiente a tan alta empresa, no se le puede comparar mejor su persona que a la grandeza della mesma; e aun así se debe creer que quien para ella le conservó contra muchos estorbos e contradicciones, sabía mejor que los hombres cuán nescesario era tal capitán, para que se sirviese Dios de él en estas cosas, e conquista de la Nueva España (IV 76).

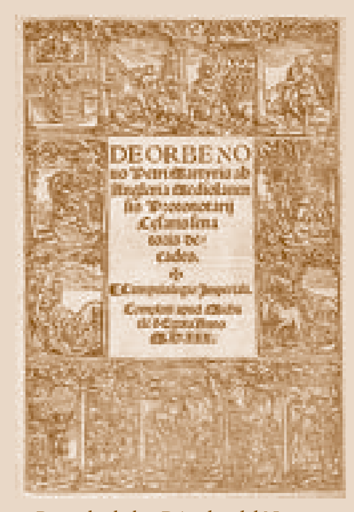
La valerosa actitud de ese capitán que se crece en las circunstancias más difíciles logra convencer al cronista de las dotes naturales de Cortés para la guerra, de su capacidad de sufrimiento y de su prudencia, cualidades que destacará ya de forma continua en la narración del cerco a la capital azteca hasta llegar a exclamar:

> ... es muy justa cosa que en la memoria de los que viven, estén escriptas las hazañas e fechos memorables de Hernando Cortés (...), porque son cosas raras e peregrinas e no tienen semejanza ni comparación con ejército ni cerco alguno de aquellos que por muy famosos [historiadores] están escriptos de los pasados (IV 142).

La lectura del erudito Mártir de Anglería

Humanista muy cercano a la Corte, Pedro Mártir de Anglería, por su parte, leyó las *Cartas* desde la desconfianza inicial que provocaron las contradictorias noticias de Velázquez y de los allegados de Cortés en torno a los derechos de conquista sobre el nuevo territorio (de hecho, el autor el autor finalizaba el Libro IX de su Cuarta Década haciendo referencia a este conflicto sobre el cual el Consejo de Indias había "diferido recompensa y castigo, a fin de que se oiga a ambas partes" –Mártir de Anglería, 1964: I 431–). Sin embargo, también le bastó la lectura de la Segunda relación para transformar su actitud inicial hacia el conquistador en un elogio abierto al héroe. Así, a propósito de la retirada de los españoles tras la rebelión azteca, advierte:

> Paso por alto muchas circunstancias particulares que ni los doce fabulosos Hércules griegos ni persona alguna hubiese podido soportar, según creo, quedando con vida. ¿Quién que no fuese español habría hecho frente a tantas desdichas, a peligros tantos en los combates, y a semejantes hombres?" (II 500).



Portada de las *Décadas del Nuevo Mundo* (*De orbe novo*), de Pedro Mártir de Anglería, en la edición latina de 1530.

Pero incluso antes, al rememorar la batalla con los tlaxcaltecas que va a llevar a la rendición a Xicoténcatl, descubrimos ya un tono encomiástico que contrasta abiertamente con la contención asumida por Cortés en la

narración de sus hazañas. Aunque los pasajes sean algo amplios, resulta de gran utilidad el cotejo de los mismos:



Imagen de Pedro Mártir de Anglería.

> Otro día, en amanesciendo, dan sobre nuestro real más de ciento y cuarenta y nueve mill hombres que cubrían toda la tierra, tan determinadamente que algunos dellos entraron dentro en él y anduvieron a cuchilladas con los españoles. Y salimos a ellos y quiso Nuestro Señor en tal manera ayudamos que en obra de cuatro horas habíamos fecho lugar para que en nuestro real no nos ofendiesen, puesto que todavía facían algunas arremetidas. Y ansí estuvimos peleando hasta que fue tarde, que se retrajeron.
>
> Otro día torné a salir por otra parte antes que fuese de día sin ser sentido dellos con los de caballo y cient peones y los indios mis amigos y les quemé más de diez pueblos, en que hobo pueblo dellos de más de tres mill casas. Y allí pelearon conmigo los del pueblo, que otra gente no debía de estar allí. Y como traíamos la bandera de la cruz y puñábamos por nuestra fe y por servicio de Vuestra Sacra Majestad en su muy real ventura, nos dio Dios tanta vitoria que les matamos mucha gente sin que los nuestros rescibiesen daño. Y poco más de mediodía, ya que la fuerza de la gente se juntaba de todas partes, estábamos en nuestro real con la vitoria habida (Cortés, 1993: 177-178).
>
> ... con el primer crepúsculo, cuando apenas despuntaba la aurora, cayó sobre ellos tan incontable número de adversarios, que parecían cubrir el campo entero: eran, según escriben, ciento cincuenta mil. Luchóse rabiosamente junto a las defensas del campamento y se cuenta que la batalla duró cuatro horas con gran peligro de los nuestros. Sin dejarla definida, retiráronse los bárbaros, y como la huída era imposible, cada cual se convirtió de tímida oveja en terrible león. Puesto en fuga el enemigo, Cortés, como con jauría de tigres, lanzóse sobre los traidores que ya se habían retirado a sus casas en desbandada. Asolando, destruyendo y aprisionando o dando muerte a cuantos hallaba en su camino, llegó a un pueblo de más de tres mil casas, como dicen, y a sangre y fuego lo arrasó todo. Hecho esto, y llenos de espanto los naturales, enviaron legados los próceres de la región, pidiendo perdón (Mártir de Anglería, 1964: II 448).

La precisa información aportada por Cortés en su discurso se transforma en episodio de una gran gesta imperial en el de Anglería gracias a recursos épicos clásicos, como la comparación del conquistador y los suyos con animales salvajes ("como con jauría de tigres") o la acumulación de verbos que denotan la violencia de la guerra ("asolando, destruyendo y aprisionando o dando muerte"), que descubriremos asimismo en obras literarias esenciales sobre la conquista española en América como *La Araucana* de Alonso de Ercilla.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Al igual que Fernández de Oviedo, Mártir de Anglería descubre en la sobria escritura cortesiana una epopeya digna de ser comparada con las de la Antigüedad clásica (concluida con la toma de Tenochtitlán, "empresa que al mismo pueblo romano le hubiera sido difícil en sus tiempos de esplendor" –II 521–), algo que pone de manifiesto en un estilo mucho más ampuloso que el de Cortés, a pesar de inscribirse todavía en los cánones renacentistas. Ambos cronistas inauguran así una relectura de las *Cartas de relación* que ve en su protagonista, tal como él mismo se propuso, al heroico conquistador español digno de ser inmortalizado en la crónica[17] o el romance, el poema épico o la representación teatral[18] , tanto en la metrópoli como en el Virreinato de la Nueva España. Se trata, en definitiva, de la relectura de una construcción mítica sobre la que los conquistadores y sus descendientes erigieron una historia gloriosa de la conquista y que llevó a su vez a la imitación del discurso cortesiano por parte de otros protagonistas de la hazaña imperial en distintas latitudes americanas que, como el citado Pedro de Valdivia, se mostraron deseosos asimismo de "dejar memoria y fama de mí"[19].

Como señalaba al principio de este trabajo, dicha relectura sería necesariamente rechazada tras el proceso de Independencia, en especial en el contexto mexicano: la Nueva España donde se habían publicado las *Cartas de relación* como un texto histórico singular escrito "por su esclarecido conquistador"[20] se convirtió un día en un México independiente, identificado con su pasado indígena, en el que Hernán Cortés acabó transformándose en el "rayo frío, / corazón muerto en la armadura" del verso nerudiano (Neruda, 1990: 149). Es ese proceso histórico el que explica que tal vez la nación mexicana no levante nunca un monumento a la memoria del conquistador español; convendría, sin embargo, que fuera allí, más que en cualquier otro lugar, donde el autor de las *Cartas de relación* fuera despojado de sus máscaras (las que él mismo creó y las que después le fueron colocando los ideólogos e

[17] A las ya citadas, se unirían en el siglo XVII otras tan destacadas como las *Décadas* de Antonio de Herrera (1601) o la famosa y múltiples veces editada *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís (1648).

[18] Son fundamentales para este tema los trabajos de Reynolds (1967, 1978). En cualquier caso, un estudio de los rasgos del conquistador Cortés que interesaron a la literatura de la época dejaría tal vez entrever una predilección por el héroe ya caído en desgracia frente al triunfante conquistador de un nuevo imperio, merecedora de un estudio más pormenorizado.

[19] Carta al emperador Carlos V. La Serena, 4 de septiembre de 1545 (Valdivia, 1960). Sobre las peculiaridades retóricas de la escritura de Valdivia, véase Goic, 2006: 25-67.

[20] Me refiero a la primera edición mexicana de las *Cartas*, la de Lorenzana de 1770, titulada *Historia de Nueva-España, escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés*.

historiadores de las distintas épocas) para lograr algún día –como propuso el que ha sido su más destacado biógrafo contemporáneo, José Luis Martínez– "librarlo de las ideologías y estudiarlo con la cruel objetividad de la historia, para descubrir, con luces y sombras, una personalidad excepcional" (Martínez, 2000: 123).

REFERENCIAS

Aracil, B. 2009. "Hernán Cortés en sus *Cartas de relación*: la configuración literaria del héroe". *Nueva Revista de Filología Hispánica,* 57:2 (julio-dic.), en prensa.

Avalle-Arce, J.B. 1964. "Perfil ideológico del Inca Garcilaso". En *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas* (pp. 191-197). Oxford: The Dolphin Book.

Bataillon, M. 1963. "Hernán Cortés, autor prohibido", en *Libro jubilar de Alfonso Reyes* (pp. 77-82), México: Porrúa.

Camargo, Martín. 1991. *Ars dictaminis. Ars dictandi*, Turnhout, Brepols-Universidad Católica de Lovaina.

Cortés, H. 1993. *Cartas de relación*, ed. de Ángel Delgado Gómez, Madrid: Castalia.

Díaz Balsera, V. 1989. "Estrategias metatextuales de Hernán Cortés, autor de *La conquista de México*". *Neophilologus*, 73:2 (abril), pp. 218-229.

Díaz del Castillo, B. 1992. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. de Luis Sáinz de Medrano. Madrid: Planeta.

Evangelista, L. 1999. "Hernán Cortés: los viajes del yo", *Atenea*, Nº 480 (julio-dic.), pp. 33-41.

Fernández de Oviedo, G. 1959. *Historia general y natural de las Indias*, 5 vols. (CXVII-CXXI), ed. de Juan Pérez de Tudela. Madrid: BAE.

Frankl, V. 1962. "Hernán Cortes y la tradición de las *Siete Partidas* (Un comentario jurídico histórico a la llamada "Primera carta de relación" de Hernán Cortés)". *Revista de Historia de América*, 53-54, pp. 9-74.

Fuentes, C. 1990. "La épica vacilante de Bernal Díaz del Castillo". En *Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana* (pp. 71-94). Madrid: Mondadori.

Goic, C. 2006. *Letras del Reino de Chile*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert.

González Echevarría, R. 1983. "Humanismo, retórica y las crónicas de la conquista". En *Isla a su vuelo fugitiva* (pp. 9-25). Madrid: Porrúa.

Iglesia, R. 1980. *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*. México: El Colegio de México.

Krauze, E. 2000. "El mito negro de la historia mexicana". En John Elliot et al. *Hernán Cortés y México* (pp. 125-150). Sevilla: Diputación de Sevilla.

Kristeller, P.O. 1999. “La retórica en la cultura medieval y renacentista”. En J.J. Murphy. *La elocuencia en el Renacimiento* (pp. 11-31). Madrid: Visor.
León-Portilla, M. [1ª ed. 1959]. 1999. *Visión de los vencidos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
López de Gómara, F. 2001. *La conquista de México*, edición de José Luis de Rojas. Madrid: Dastin.
Martínez, J.L. 2000. “Fortuna e infortunio de Hernán Cortés”. En J. Elliot *et al. Hernán Cortés y México* (pp. 91-123). Sevilla: Diputación de Sevilla.
Martínez, J.L. (ed.) 1991-1992. *Documentos cortesianos*, 4 vols. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica.
Mártir de Anglería, P. 1964. *Décadas del Nuevo Mundo*, 2 vols., estudio de Edmundo O’Gorman. México: Porrúa.
Menéndez Pelayo, M. 1902. *Bibliografía hispano-latina clásica : códices, ediciones, comentarios, traducciones, estudios críticos, influencia de cada uno de los clásicos latinos en la literatura española*. Madrid: (Tip. Vda. e Hijos de M. Tello).
Mignolo, W. 1982. “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, en L. Íñigo Madrigal (ed.). *Historia de la literatura hispanoamericana, I (Época colonial)* (pp. 57-116). Madrid: Cátedra.
Murphy, J.J. 1986. *La retórica en la Edad Media*. México: FCE.
Neruda, P. 1990. *Canto general*. Madrid: Cátedra.
O’Gorman, E. [1ª ed. 1958]. 1986. *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica.
Pastor, B. 1983. *Discurso narrativo de la conquista de América*. Santiago: Casa de las Américas.
Pellús, E. 2007. *Sobre las hazañas de Hernán Cortés: estudio y traducción*. Alicante: Universidad de Alicante.
Pérez de Oliva, H. 1927. *Algunas cosas de Hernán Cortés y México*. *Revue Hispanique*, 71, pp. 450-482.
Pupo-Walker, E. 1982. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*. Madrid: Gredos.
Reynolds, W. 1967. *Romancero de Hernán Cortés*. Madrid: Ediciones Alcalá.
Reynolds, W. 1978. *Hernán Cortés en la literatura del siglo de oro*. Madrid: Editora Nacional.
Robles, I. 1994. “Adán, el Edén y Abel o la estructura narrativa-simbólica de las *Cartas de relación* de Hernán Cortés”, *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 20:2 (julio-dic.), pp. 31-45.
Todorov, T. 1989. “Conquistar”. En *La conquista de América. El problema del otro* (pp. 59-136). Madrid: Siglo XXI.
Valdivia, P. de. 1960. “Cartas de Pedro de Valdivia, que tratan del descubrimiento y conquista de Chile”. En *Crónicas del Reino de Chile* (pp. 1-74). Madrid: Atlas. Disponible en http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=1101

Vargas Llosa, M. 2003. "Los hispanicidas". *Vértice*, 25 de mayo de 2003. Disponible en http://www.elsalvador.com/vertice/2003/250503/opinion.html
Vidaurre, C. 1996. "Acercamiento sociocrítico a la 'Segunda carta de relación' de Hernán Cortés". *Texto Crítico*, II:3 (jul.-dic.), pp. 23-45.

